

Sergio Suárez Cruz\*

---

## Representaciones simbólicas del tiempo y el espacio entre los antiguos cholultecas

Dos conceptos de indudable relevancia en la cosmovisión de los pueblos indígenas, que aún hoy día son motivo de diversas interpretaciones, son el tiempo y el espacio. Se pueden apreciar —para el caso de las zonas de monumentos arqueológicos— en el cuidado que siempre se observó en la orientación, medida y ubicación de las estructuras, pues como lo comenta Aveni: “En Mesoamérica encontramos muchos casos en que las estructuras están alineadas específicamente para que queden frente al orto o al ocaso del Sol en una fecha determinada” (1997: 137).

Como veremos más adelante, Cholula no es la excepción, pues desde sus primeras etapas constructivas, hasta el abandono de la Gran Pirámide, conservó una alineación de 24 grados del oeste al norte. Marquina describe a la estructura “A” como un basamento de planta cuadrada de aproximadamente 107 m por lado, con cuatro cuerpos en talud y con escaleras en el lado poniente de cada uno de ellos; al referirse a esta primera estructura, menciona: “...la orientación de los lados de la pirámide que indica aproximadamente el lugar del ocaso del sol el día de su paso por el cenit del lugar, se conservó hasta los edificios más recientes” (1975: 110-111).

El sitio, cuyo origen se remonta aproximadamente al siglo V a.C., se fundó en un lugar cercano a antiguas lagunas, pero en donde además, se dice, existía un nacimiento de agua que formaba dos riachuelos, mismos que posteriormente fueron incorporados al glifo de la ciudad, dando desde ese momento un sentido sagrado al lugar en donde se empezaron a construir las primeras etapas de lo que posteriormente sería la Gran Pirámide que ahora conocemos.

\* Centro INAH, Puebla.

Pero la ubicación del templo y su evidente relación con el agua de ninguna manera es fortuita; como sabemos, la Gran Pirámide o Tlachihualtépetl (cerro hechizo o hecho a mano), estuvo desde sus inicios dedicado al culto al agua, pero a la vez marca en su arquitectura la cosmovisión de sus constructores.

Y así, mientras que en su extremo oriente, lugar por el que aparece el sol, se encontraban los citados nacimientos de agua y las antiguas lagunas —símbolos de vida para un pueblo agrícola—, en el extremo poniente, lugar en donde se oculta el sol, perteneciente al inframundo habitado por las almas de los muertos, se encuentran pintados sobre los tableros y dobles marcos típicos de la arquitectura cholulteca una serie de chapulines, colocados unos frente a otros, de tal manera que, vistos con atención, se notará que entre ambos se forman unos cráneos humanos.

La representación de las calaveras o cráneos humanos en el extremo poniente del basamento y finalmente la presencia del chapulín (insecto que abunda en los predios cholultecas precisamente cuando los cultivos están secos, es decir “muertos”), tiene sin duda una fuerte carga simbólica, con lo cual la utilización del tiempo y el espacio queda fuera de cualquier duda.

Durante nuestra exposición trataremos de mostrar cómo desde la construcción de la primera estructura del sitio, perteneciente al Preclásico medio (500 a 200 a.C.) y a lo largo de su historia hasta el 800 d.C., aproximadamente, en que se abandona la Gran Pirámide, las diversas estructuras fueron construidas siguiendo siempre la misma orientación astronómica, hecho que les permitió

a unas proyectar una sombra en forma de cabeza de serpiente durante el solsticio de invierno el 21 de diciembre y a otras, en su momento, marcar el paso del sol por el cenit del lugar (Marquina 1975: 117), lo cual, como menciona Aveni (1997: 80), pudo haberse utilizado para fijar fechas del calendario agrícola, dato que no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que la agricultura ocupaba un lugar preponderante en la vida de la población.

Poco sabemos de las medidas y orientación de las estructuras construidas durante el Posclásico, pues de éstas casi nada se conserva, con excepción de un altar ubicado en el extremo sur del Patio de los Altares, otro más en la esquina suroeste de la Gran Pirámide y algunos más unidos a restos de construcciones habitacionales localizadas sobre la esquina noreste de la Gran Pirámide, en donde el primero muestra claramente una orientación diferente si lo comparamos con las estructuras clásicas del Patio.

No obstante, todos estos elementos pertenecen al Posclásico temprano, y si se conservaron, es gracias a que fueron cubiertos por los deslaves de los cuerpos superiores de la Gran Pirámide.

De las estructuras religiosas y civiles del Posclásico medio y superior no tenemos evidencias, pues todas ellas fueron destruidas desde la conquista. Sin embargo, podemos encontrar importantes referencias en Motolinía (1979) y en la relación del Corregidor de Cholula, Gabriel de Rojas (1927: 163), que en forma por demás detallada nos describen la sociedad cholulteca del siglo XVI e incluso, en el caso de Rojas, presenta algunas inferencias sobre la época prehispánica en donde se puede apreciar que la población cholulteca y la de sus alrededores continuaba siendo básicamente agrícola, por lo que sus preocupaciones por conocer y controlar los fenómenos naturales relacionados con el agua y su culto seguían vigentes.

Esta inquietud perduró aún en la segunda mitad del siglo XX, como se puede observar en el relato que reproduce Olivera, tomado de un vecino de Tlaxcalancingo (población ubicada muy próxima a San Andrés Cholula), en donde la creencia en las deidades del agua era cosa cotidiana a fines de los años sesenta, pues ante la escasez de lluvia que en esa época se había acentuado y la ausencia de agua en el manantial del pueblo —localizado junto a un cerrito (Axocotzin)—, los vecinos recuerdan los mitos que les contaban los “abuelos” en donde se refieren a la Cihuatlípil (señora dueña del agua), presumiblemente hija de Malinche y señora del antiguo arroyo Axoco. Así también se menciona a los Quiapehque o Ahuilos, especie de graniceros que antiguamente se encargaban de todo lo relacionado con el agua, sobre los cuales el informan-

te comenta: “Esa noche el Quiapehque recibió una señal de la Malinche para que fuera a visitarla. Llegó hasta su corazón dentro de una cueva del volcán, pues él, como todos los que tienen que ver con el agua, es como un hijo o mejor dicho como un ahijado de ella. Ella les ha dado poderes sobre el agua” (Olivera 1967: 89).

Retornando a nuestro tema central, tenemos que el primer basamento construido en el Sitio, aunque no el primero en ser descubierto, es un edificio que se encuentra dentro de una estructura que a su vez está cubierta por el llamado Edificio Rojo, basamento rectangular de aproximadamente 108 m de frente (este-oeste) por 76 de fondo, localizado en la esquina noreste de la Gran Pirámide de Cholula, la cual cubrió todo el conjunto.

En un artículo publicado en homenaje a Gamio, Noguera (1958) informa de los trabajos llevados a cabo en esos momentos —al parecer 1955, a juzgar por la fecha que muestra un plano con una reconstrucción hipotética hecha por Ponciano Salazar—, en una estructura localizada varios metros abajo del Edificio Rojo; y aunque menciona la presencia de otra más antigua, por cuestiones de tiempo y por lo avanzado de los trabajos, da mayor atención a la intermedia, de la cual nos dice: “Comprende una cámara de pequeñas proporciones con entrada al sur y ofrece la particularidad de que el piso está a dos niveles distintos” (Noguera, 1958: 213).

Ignoramos cómo era el acceso del primer basamento, pero quienes recuerdan haber entrado al túnel (desde hace muchos años clausurado por derrumbes) y visto la escalinata de la segunda estructura descrita por Noguera, coinciden en que ésta es igual a la que podemos observar hoy día en el extremo sur del Edificio Rojo; basamento que, como hemos mencionado, se encuentra en la esquina oriente de la Gran Pirámide, y debe su nombre a que originalmente mostraba en sus cuerpos descubiertos (fachada sur) varias flechas radiales pintadas de color rojo (Tschohl, 1977: 124). Ahora bien, aquí tenemos tres datos que no podemos pasar por alto tomando en consideración, al menos, las características del Edificio Rojo, que es el que podemos observar hoy día.

Primero, la estructura se ubica en la esquina oriente de la Gran Pirámide, es decir, el lugar por donde sale el sol. Segundo, en el tablero del primer cuerpo se podían apreciar, hasta 1964, varias flechas radiales pintadas de rojo, simulando rayos solares (este último, el color del oriente en la cosmovisión de la mayoría de los pueblos mesoamericanos), y finalmente, en la escalinata del Edificio Rojo, durante el 21 de diciembre, se proyecta con la salida del sol una sombra que asemeja la cabeza de una serpiente, símbolo de Quetzalcóatl.

Ahora bien, el extremo sur del Edificio Rojo fue explorado, según los pocos datos que se conservan (Tschohl, 1977: 96), por los trabajadores de la zona arqueológica en una fecha no determinada y muy posiblemente sin la presencia de un arqueólogo responsable, de tal forma que desconocemos la cronología que pudiera haber aportado el análisis de los materiales asociados.

Sin embargo, por su estilo arquitectónico y por el lugar que ocupa dentro del núcleo de la Gran Pirámide, creemos que debe corresponder al primer siglo o máximo al segundo de nuestra era, siendo contemporáneo a las etapas de construcción iniciales del Patio de los Altares, en donde al igual que éste, tenemos basamentos sencillos hechos con base en un talud recto, a diferencia de los posteriores que muestran el talud curvo/grabado acompañado de un tablero de doble marco, característico del Clásico en Cholula.

En cuanto a la primera subestructura, descubierta por Noguera al excavar un túnel en el interior del Edificio Rojo, y que según algunas personas que recuerdan haber entrado en él, presenta una escalinata similar en forma y orientación a la que proyecta la sombra, pertenece, de acuerdo con el material cerámico recuperado, a las etapas I y II de Zacatenco, guardando similitud además con varios sitios preclásicos del Valle de México (Noguera, 1958: 214).

De ser correctos los datos de la escalinata, tendríamos que los astrónomos de Cholula conocían y manejaban estos datos desde, al menos, el siglo III a.C. No olvidemos que en San José Mogote, Oaxaca, se tienen evidencias del manejo del calendario y los conocimientos astronómicos que ello implica desde el año 600 a.C. (Aveni, 1997: 167).

A la par del Edificio Rojo se debió de construir el Edificio A, basamento de planta cuadrada de aproximadamente 120 m por lado cuya fachada principal se encuentra en el extremo poniente.

Como mencionamos anteriormente, muestra una desviación en su eje de 24 grados del oeste al norte (Marquina, 1970: 36), y está formado por cinco cuerpos de aproximadamente 2.5 m de alto cada uno con escaleras limitadas por alfardas en su fachada principal. Posteriormente le son agregados dos cuerpos que forman una amplia meseta superior, a una altura de 18 m sobre el piso original, modificando también la decoración del edificio, al que se le adosaron tableros semejantes a los teotihuacanos, sólo que con doble moldura, y su interior decorado con los chapulines ya citados. Los colores utilizados son: rojo, amarillo y negro. Estos adosamientos fueron construidos ya durante la fase Cholula II (200 a 450 d.C.),

a juzgar por los materiales asociados (Marquina, 1970: 39), en tanto que la primera estructura quedaría ubicada en los inicios de nuestra era.

Aquí resaltan dos hechos que debemos analizar; el primero es que la fachada principal del edificio A, presumiblemente contemporáneo del Edificio Rojo, así como el adosamiento (Estructura B) que le fuera impuesto tiempo después y sobre el cual se plasmó el mural de los chapulines, se encuentra en el extremo poniente de la estructura, señalando, según la cita de Marquina, “el lugar del ocaso del sol el día de su paso por el cenit del lugar”, y segundo, que en la cosmovisión mesoamericana el poniente es el lugar a donde van los muertos. Por lo que en este caso, la presencia de las calaveras adquiere tanto sentido como las flechas radiales rojas pintadas en el Edificio Rojo.

Dado que los basamentos que los cubrieron conservaron hasta el final la misma orientación y acceso en el extremo poniente, es de suponer, como lo menciona Marquina, que éstos continuaron señalando el sitio del ocaso del sol el día de su paso por el cenit del lugar, hecho que como sabemos, daba inicio a rituales agrícolas en los que participaba tanto la clase sacerdotal como el pueblo.

Cubriendo al primer basamento (Estructura A) y a su adosamiento (Estructura B), pero aún dentro de esta fase, se construye la Estructura C, gigantesco basamento de 180 m por lado, sin contar las plataformas que le fueron agregadas en su lado oriente.

Tiene una altura de aproximadamente 35 m, en la que encontramos pequeños cuerpos cubiertos de escaleras de 11 a 13 escalones, separados por angostos descansos de 2 m de ancho que se repiten hasta llegar a la cúspide. Llama la atención la forma de esta pirámide, ya que se dispara bastante de las primeras y de las posteriores al estar formada por nueve cuerpos en talud, totalmente cubiertos de escaleras separadas simétricamente por desagües, en lugar del doble tablero característico de Cholula.

Pese a las excavaciones no fue posible localizar el lado poniente de la estructura, en donde suponemos se encuentra la fachada principal (Marquina, 1975: 111); en cambio, se exploraron los otros costados y se descubrieron amplias plataformas y varias sobreposiciones ya típicas de Cholula, entre ellas una angosta escalera sobrepuesta en el lado norte formada por tramos de 11 escalones y uno de 52 ligeramente salientes (Marquina, 1939: 60) que aparece al nivel del piso de la Pirámide y casi llega hasta la meseta superior.

De la Estructura C llama la atención que esté formada por nueve cuerpos, pues como sabemos, nueve son

los infiernos que yacen bajo tierra según el pensamiento prehispánico (Graulich, 1990: 78), así como por 13 escalones que se encuentran en algunos de sus cuerpos por ser igualmente éste el número cielos que se sobreponen a la tierra, además de que 13 es el número de meses (de 20 días cada uno) que conforma el calendario solar (Tonalpohualli) de 260 días.

La escalinata de 52 escalones que se inicia desde el desplante y casi llega a la parte superior de la estructura, según lo menciona Marquina, se antoja como la suma de los años que integran el siglo prehispánico, sin olvidar claro, que este inmenso basamento continúa manteniendo la orientación original, es decir, señalando el punto del ocaso del sol en una fecha determinada.

Pasados algunos años se construyó un adosamiento que cubre el frente de los basamentos A y B; se trata del llamado Edificio F, construcción de 70 m de largo formado por tres cuerpos que se encuentra en la parte poniente de la Gran Pirámide, en el que además de talud y tablero con doble moldura, decorado con diseños entrelazados, también podemos apreciar en los restos de molduras originales que aún conserva, insectos (chapulines) pintados uno frente a otro, de tal forma que semejan cráneos humanos tal y como ocurre en la Estructura B, sólo que ahora los chapulines aparecen ocupando únicamente la moldura.

Frente a la escalinata de esta estructura, también ubicada en el lado poniente, se encuentra una gran estela monolítica de aproximadamente 2.5 m de alto por 1.4 m de ancho y 30 cm de espesor, que muestra en su parte superior una especie de "cresta" alargada, y en su centro una perforación de forma cuadrada que sin duda tiene mucho que ver con cuestiones astronómicas, pudiendo ser utilizada tanto como gnomon o punto vertical para señalar el paso del sol por el cenit del lugar, o para registrar los equinoccios y/o solsticios, fenómenos ligados indudablemente con el calendario de las estaciones (Aveni, 1997: 55 y 80), la agricultura y la religión.

Desconocemos la ubicación que originalmente debió ocupar el monolito, ya que el orificio situado en su parte central inferior parecería carecer de importancia en el lugar que actualmente se encuentra, pues tomando en consideración el nivel del suelo, la luz del sol casi no se proyecta. Consideramos que es más viable que originalmente haya estado en la parte superior del Edificio F, justamente en medio de su escalera, con lo cual, tomando en consideración la orientación del basamento, el sol podría proyectar su luz por el orificio al momento de su ocaso en una fecha previamente calculada.

Cubriendo todos estos basamentos tenemos la Gran Pirámide o Estructura D, cuya base alcanza, según algunos autores 350 m por lado por 60 de altura (Marquina, 1975: 109), o según otros, de 390 a 420 m por lado, variando la altura de 54 a los 66 m ya citados.

El arqueólogo Ignacio Marquina, coordinador de los trabajos de exploración durante dos importantes temporadas, nos describe a la Gran Pirámide de la siguiente manera:

Cubriendo totalmente las estructuras anteriormente detalladas y con un enorme volumen formado con adobes, se construyó la Gran Pirámide que ahora vemos como si fuera un cerro natural, y que a pesar de las destrucciones sufridas, ofrece a la vista una importante masa que por sus dimensiones constituye el monumento más grande de México (1939: 123).

Cómo hemos mencionado, la Gran Pirámide fue abandonada alrededor del año 800 d.C., aunque de acuerdo con las fuentes, se continuaban realizando ceremonias cada vez que escaseaba el agua, para lo cual sacrificaban niños de seis a diez años de edad.

El corregidor de Cholula, Gabriel de Rojas, nos dice que los niños eran abiertos de su pecho con una navaja para sacarles el corazón, luego de lo cual rociaban al ídolo con la sangre de los sacrificados. Concluida la ceremonia se enterraban a la criaturas frente al ídolo. Aparte de esto, se celebraba una fiesta general cada cuatro años en la que participaba toda la población.

Con la llegada de los colonizadores españoles se construyó una ermita en donde se colocó la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, en un intento por atraer el culto de la población agrícola. Dada su relación con el agua, en breve se convirtió en la imagen más venerada no tan solo de Cholula, sino también, dentro de su ámbito, de los devotos de los estados vecinos.

Pero no sólo en la Gran Pirámide y sus subestructuras se tuvo especial cuidado en la orientación, número de escalones y cuerpos. Adosado al extremo sur de las primeras estructuras que yacen en el interior, se empezaron a construir las primeras etapas del llamado Patio de los Altares, en donde también se reprodujo la misma orientación al colocar sendos altares en tres de sus extremos.

El Patio de los Altares a lo largo de los siglos aumentó su nivel por lo menos en 9 m, debido a que fue rellenado y reconstruido en no menos de seis ocasiones. En su primera etapa estuvo delimitado en sus extremos oriente y poniente por largos edificios (uno de ellos portador del



Vista parcial de la zona arqueológica de Cholula. Foto: José Luis Ávila.

Mural de los Bebedores), la mayoría de las veces decorados con pinturas en las que predominan las barras, los trenzados y las estrellas de mar, mismos que con el tiempo fueron cubiertos con nuevos edificios, reduciendo su medida original de aproximadamente 80 m (de oriente a poniente) a las actuales.

Es importante mencionar que algunas veces sólo se renovaba el piso, aumentando el nivel del suelo y provocando que el segundo cuerpo de los edificios, que lo delimitaban en los extremos oriente y poniente, quedara ahora como un primer cuerpo.

Así también en la última época, antes de ser abandonado, se colocaron tres estelas de piedra labrada y decoradas con serpientes, además de diseños similares a los utilizados en el Tajín, mismas que delimitan al Patio en los extremos oriente, poniente y norte, dejando al descubierto el extremo sur en donde debió de existir una cal-

zada para comunicarlo con el Patio Hundido, que se encuentra a escasos 200 m en los terrenos del Hotel Villas Arqueológicas.

Como menciona Marquina, refiriéndose a la ubicación de las estelas que delimitan el Patio de los Altares: “Una línea que uniera el centro de los dos monumentos de oriente a occidente marcaría la dirección del ocaso del Sol el día de su paso por el cenit del lugar” (1975: 117).

La Estela Uno, ubicada en el extremo oriente del Patio de los Altares, está formada por dos lápidas (una colocada en forma vertical y otra horizontal), que a su vez fueron encontradas fragmentadas, pero al recuperarse la mayor parte fueron unidas tal y como ahora las podemos apreciar. Se trata de dos lozas diferentes, una de las cuales estaba colocada en el suelo y la otra pegada en su extremo oriente, pero en forma vertical. La primera de ellas es rectangular, mide 2.89 m de largo por 2.59 m de an-

cho, con 34 cm de grueso. Está decorada con motivos en bajo relieve, que representan ganchos entrelazados que aparecen únicamente en su canto (Marquina, 1970: 101).

La segunda parte corresponde a una lápida vertical que mide 3.85 m de largo —sin contar la parte que va enterrada— por 2.12 m de ancho en la parte superior y 1.96 m en la parte inferior. Como decoración presenta una cenefa de 37 cm de ancho que la rodea y en la que encontramos motivos en bajorrelieve similares a los del Tajín, quedando el centro de la estela lisa y sin decoración, por lo que se piensa que tal vez en algún momento estuvo pintada.

El segundo altar, ubicado en el lado poniente del Patio de los Altares, corresponde a una gran loza de piedra de 4.23 m de largo por 3.97 m de ancho, y aproximadamente diez toneladas de peso. Esta gran lápida se encontró en forma horizontal depositada sobre una construcción mayor formada por una plataforma de 19 cm de alto en la que aparecen tres escalones (Acosta, 1970: 103).

La decoración, al igual que en el altar anterior, consiste en bajorrelieves realizados tanto en el canto como en la parte superior a manera de una cenefa, de 43 cm de ancho que la rodea en tres de sus lados, dando la impresión de que el lado liso pudo estar unido a otra lápida como aparece en el Altar Uno; sólo que ahora, además de los motivos del Golfo ya citados, también aparecen dos ondulantes serpientes emplumadas grabadas en el canto de la piedra, y por si esto fuera poco, al excavar bajo la lápida se encontró un caracol colocado seguramente como ofrenda, reafirmando el culto a Quetzalcóatl.

Con el Tercer Altar se forma un gran patio de 70 m de ancho abierto en su extremo sur. Se trata de una piedra labrada encontrada boca abajo al excavar uno de los túneles principales, justamente al frente de la escalera central del Patio de los Altares. Muestra similitud en su decorado con el Altar Uno, sólo que la forma de la piedra es diferente, ya que termina en ángulo en su parte superior.

Es importante mencionar que un extremo de este altar fue localizado a 40 m de distancia, dando con ello una idea de la fuerza con que fueron destruidos estos monumentos para luego ser abandonados allá por la Fase Cholula IV (700 a 800 d.C.) en que además se abandonó el sitio temporalmente, hasta ser reocupado por habitantes de diferente filiación y cultura.

Pese a la conservación de las pocas evidencias arquitectónicas del Posclásico, que nos indican el interés de los sacerdotes y la población agrícola por conocer y manipular el tiempo y el espacio, no podemos negar los datos aportados por las fuentes. Así por ejemplo, tenemos

la cita de Gabriel de Rojas, quien nos comenta (refiriéndose a los sacerdotes que habitaban el templo de Quetzalcóatl), que si bien podían ir a dormir con sus esposas, debían acudir al templo a hacer sus oraciones a media noche, al escuchar una trompeta hecha de calabazas largas (Rojas, 1927: 160).

Más adelante agrega: "...los trompeteros a la hora que se ponía el sol ordinariamente tocaban las trompetas para que todos hiciesen oración y a media noche tocaban otra vez" (*ibidem*, 1927: 162); de la misma manera, renglones abajo continúa: "...al amanecer tocaban otra vez las dichas trompetas para el propio efecto". No cabe duda que tanto las posiciones del sol como de las estrellas eran utilizadas para conocer el tiempo y, en consecuencia, podemos deducir que una de las principales actividades de los sacerdotes continuaba siendo el tratar de conocer y prever el movimiento de los astros y con ello los ciclos agrícolas.

Arqueológicamente tenemos los entierros ceremoniales localizados en el relleno que cubría las estructuras del Patio de los Altares; dichos restos en su mayoría pertenecen ya al Posclásico tardío, y están integrados por cráneos, manos, pies y huesos largos, que al decir de Ojeda Díaz se relacionan directamente con las deidades de la tierra, la lluvia y la fertilidad, ...“cuya finalidad era ser ofrendados a deidades como Cihuacóatl, o en la fiesta de Tepeilhuitl, fiesta de los cerros, en la que se invocaba a Tláloc y Chalchiuhtlicue” (Ojeda, 1989: 59). Con lo cual tenemos que el culto a las deidades de los cerros y el agua continuaba vigente.

Como hemos visto a lo largo de esta breve exposición, en Cholula hubo al menos en forma simultánea tres edificios o conjuntos de estructuras que permitieron en su momento registrar las salidas y puestas de sol el día de su paso por el cenit del lugar, ya sea valiéndose de escalinatas o cuerpos previamente alineados, o de estelas monolíticas perfectamente colocadas, una de ellas incluso con una perforación en el centro.

Esta preocupación, que a nosotros pudiera parecernos excesiva, tiene su explicación en el hecho de que, en la época prehispánica, el conocimiento de los movimientos de los astros, con todo lo que ello implica (cambio de estaciones, llegada de las lluvias, temporada de sequía, eclipses, etcétera), dio a los sacerdotes el poder necesario para controlar a la población agrícola a lo largo de los siglos, dándoles la impresión de que eran ellos, ayudados por las deidades, los que controlaban las fuerzas naturales y en consecuencia, el pueblo debía de hacer sacrificios y ofrendas que permitieran seguir gozando de estos beneficios (Florescano, 1999: 56).

En la concepción mesoamericana los cerros, montañas y volcanes eran sagrados, pues se consideraba que estaban llenos de alimentos, además de que en sus altas cumbres, algunas cubiertas de nieve, se formaban las nubes que posteriormente llevarían el agua a los campos de cultivo y con ello se harían posibles las buenas cosechas.

La Gran Pirámide o Tlachihualtépetl (cerro hechizo o hecho a mano), al estar orientada astronómicamente hacia el lugar de la puesta del sol el día de su paso por el cenit del lugar, y además dedicada al culto de las deidades del agua, cumplía una doble función que aseguraba, mediante el cumplimiento de elaboradas ceremonias y sacrificios, la obtención de buenas cosechas; ¿acaso la fama de ciudad sagrada se debió más bien, entre otras cosas, a que era en Cholula en donde las deidades, por conducto de los sacerdotes, quienes sabían interpretar el lenguaje de los astros, les anunciaban los momentos propicios para preparar los campos e iniciar los cultivos?

Sólo así podríamos explicarnos porqué con el tiempo llegó a dominar otros ámbitos, a tal grado que durante el Posclásico tardío, según el corregidor de Cholula, Gabriel de Rojas (Rojas, 1927: 161), los gobernantes de las provincias cercanas tenían que venir a Cholula a entregar ricas ofrendas a Quetzalcóatl y recibir su nombramiento de manos de los sumos sacerdotes, quienes les perforaban el labio inferior, las orejas o la nariz, pues de otra forma no eran aceptados en sus lugares de residencia a donde regresaban acompañados de cinco religiosos que daban fe ante la población de la legitimidad del nombramiento, o la frecuente visita de los campesinos al oráculo de Cholula, en donde según la *Historia tolteca-chichimeca* (1989: 149), los sacerdotes sabían cuándo iba a llover y qué se debería sembrar.

Dominio político y religioso que además se veía reflejado, según Tichy (1978: 153), en la orientación de los campos de cultivo y asentamientos, al tomar “la pirámide solsticial” de Cholula como su eje rector.

El paso del sol por el cenit del lugar continuaba siendo importante en algunos lugares de la región Puebla-Tlaxcala, en la segunda mitad de nuestro siglo, como se desprende del caso registrado por Tichy (1974: 45) en un ejido de la antigua Hacienda Mendocinas, ubicada al norte de Chiautzingo, en donde el día que el sol se hallaba en su cenit, el 18 de mayo de 1963, se labró y se sembró la tierra. Cabría entonces suponer, como propone Tichy, que tomando en cuenta la orientación solsticial de la pirámide de Cholula, conectada con las salidas y puestas

de sol, “...en ella fueron relacionadas conscientemente representaciones del tiempo y del espacio” (Tichy, 1978: 153).

### Bibliografía

- Acosta, R. Jorge, “El Altar 2”, en *Proyecto Cholula*, México, INAH (Serie Antropología, 19), 1970.
- Aveni, Anthony F., *Observadores del cielo en el México antiguo*, México, FCE, 1997.
- Florescano, Enrique, *Memoria indígena*, España, Taurus, 1999.
- Graulich, Michel, *Mitos y rituales del México antiguo*, España, Colegio Universitario / Ediciones Istmo, 1990.
- Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García, *Historia tolteca-chichimeca*, México, Gobierno del Estado de Puebla / CIESAS / FCE, 1989.
- Marquina, Ignacio, “Exploraciones en la Pirámide de Cholula, Puebla”, en *27 Congreso Internacional de Americanistas*, II, México, INAH-SEP, 1939.
- , “Cholula, Puebla”, en *Los pueblos y señoríos teocráticos, El periodo de las ciudades urbanas, Primera parte*, México, SEP-INAH, 1975.
- Marquina, Ignacio (coord.), *Proyecto Cholula*, México, INAH (Serie Investigaciones, 19), 1970.
- Motolinía, o Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, 3ª ed., México, Porrúa, 1979.
- Noguera, Eduardo, “Un edificio preclásico en Cholula”, en *Estudios antropológicos publicados en homenaje al Dr. Manuel Gamio*, México, Dirección General de Publicaciones, 1958.
- Ojeda Díaz, María de los Ángeles, “Ritual de desmembramiento humano en Cholula prehispánica”, en *Notas Mesoamericanas*, núm. 11, México, Universidad de las Américas-Puebla, 1989.
- Olivera, Mercedes, “Los dueños del agua en Tlaxcalancingo”, en *Cholula, Reporte preliminar*, México, Editorial Nueva Antropología, 1967.
- Rojas, Gabriel de, “Descripción de Cholula”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, t. I, núm. 6, México, Editorial Cultura, 1927.
- Tichy, Franz, “Explicación de las redes de poblaciones y terrenos, como testimonio de la ocupación y planificación del Altiplano Central en el México antiguo”, en *Comunicaciones*, 11, México, 1974.
- , “El calendario solar como principio de organización del espacio para poblaciones y lugares sagrados”, en *Comunicaciones*, 15, México, Proyecto Puebla-Tlaxcala de la Fundación Alemana para la Investigación Científica, 1978.
- Tschohl, Peter et al., *Catálogo arqueológico y etnohistórico de Puebla-Tlaxcala*, t. 2, México, Kôl, 1977.

